



WORLD
WARCRAFT
THE WAR WITHIN

UN NUEVO CAMINO

DE ADAM CHRISTOPHER



2
ECOS del PASADO

HISTORIA
ADAM CHRISTOPHER

ILUSTRACIONES
BRUSH SAUCE STUDIO

EDICIÓN
CHLOE FRABONI

DISEÑO Y DIRECCIÓN DE ARTE
COREY PETERSCHMIDT

ASESORAMIENTO DE HISTORIA
SEAN COPELAND

ASESORAMIENTO CREATIVO
RAPHAEL AHAD, KEITH RILEY CO, AARON OLSON,
ABIGAIL MANUEL, CHRIS METZEN, STACEY PHILLIPS,
KOREY REGAN

PRODUCCIÓN
BRIANNE MESSINA, AMBER PROUE-THIBODEAU,
CARLOS RENTA, TAKAYUKI SHIMBO

TRADUCCIÓN
PAULA GÜRTLER

CORRECCIÓN
LAURA CAMPOS



Blizzard.com

©2024 Blizzard Entertainment, Inc., Blizzard y el logo de Blizzard Entertainment son marcas comerciales o marcas comerciales registradas de Blizzard Entertainment, Inc. en los EE. UU. o en otros países.

Publicado por Blizzard Entertainment.

Esta historia es una obra de ficción. Todos los nombres, personajes, lugares e incidentes que se retratan son productos de la imaginación del autor o el artista, o se usan de forma ficticia, y cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, establecimientos comerciales, eventos o lugares es pura coincidencia.

Blizzard Entertainment no ejerce control sobre los sitios web pertenecientes a los autores o a terceros ni sobre su contenido, como así tampoco asume responsabilidad alguna respecto de ellos.



— **N**o me importa quién eres —dijo el guardia—, no puedes entrar con él. Jaina y Thrall estaban frente a las puertas de Stromgarde. Habían pasado muchos años desde la última vez que Jaina había estado allí, y no recordaba que la entrada del bastión fuera tan imponente.

Y sin dudas, el trato nunca había sido tan poco hospitalario.

Había seis guardias en la puerta —eran los habituales de Stromgarde, no eran de la Séptima Legión— y en las alturas, en las torres que flanqueaban la entrada, otros seis armados con ballestas que apuntaban directamente a ellos.

Jaina intentaba mantener la calma, pero era difícil. La caminata hasta la ciudad había sido lenta, y ella estaba muy consciente de que el veneno de la flecha estaba absorbiendo sin pausa la fuerza de Thrall. Incluso ahora, de pie ante las puertas, él se apoyaba pesadamente en ella, con la cabeza inclinada y la respiración jadeante.

—¡Venimos a ver a lady Marran Aterratorls! —Jaina levantó la voz y miró hacia arriba a los guardias en las torres, con la esperanza de que quizás alguno de ellos mostrara más sensatez—. Mi nombre es Jaina Valiente, Lady almirante del reino aliado de Kul Tiras. Él es Thrall, representante orco en el consejo de la Horda, y está

gravemente herido. Los *dos* vinimos por órdenes de Danath Aterratrols en una misión de paz, y tenemos un asunto de suma urgencia que tratar con su regente. *¡Exijo que abran estas puertas!*

El guardia frente a ellos sencillamente sacudió la cabeza.

—Creo que no comprenden —masculló Jaina entre dientes, y su bastón se encendió cuando comenzó a canalizar lo arcano—. Solo les pido permiso por cortesía...

Sintió la mano inmensa pero amable de Thrall en su brazo.

—Quizás aún no llegó el mensaje de Danath, Jaina.

Jaina respiró hondo para discutir, pero Thrall se alejó de ella con un leve empujón.

—Tenemos una tarea por delante, y yo soy un estorbo. —Thrall le hizo un gesto al guardia—. No cometan un error hoy. La Lady almirante está aquí para ver a su regente. Sugiero que la dejen entrar.

El guardia permaneció imperturbable, pero hubo movimiento detrás de él, y cuando Jaina miró para arriba, vio que había un soldado menos en lo alto del muro. Unos segundos después, se oyó el sonido de las cadenas pesadas y el rechinar de la madera.

Jaina suspiró aliviada y aflojó la mano con la que tenía apretado el bastón. *Alguien* estaba dispuesto a escuchar, por lo menos. Cuando las puertas comenzaron a abrirse, se dio vuelta para buscar a Thrall, lista para llevarlo adentro, pero él sacudió la cabeza.

—Ve tú —dijo.

Jaina frunció el ceño.

—Thrall, necesitas ayuda, no puedo dejarte.

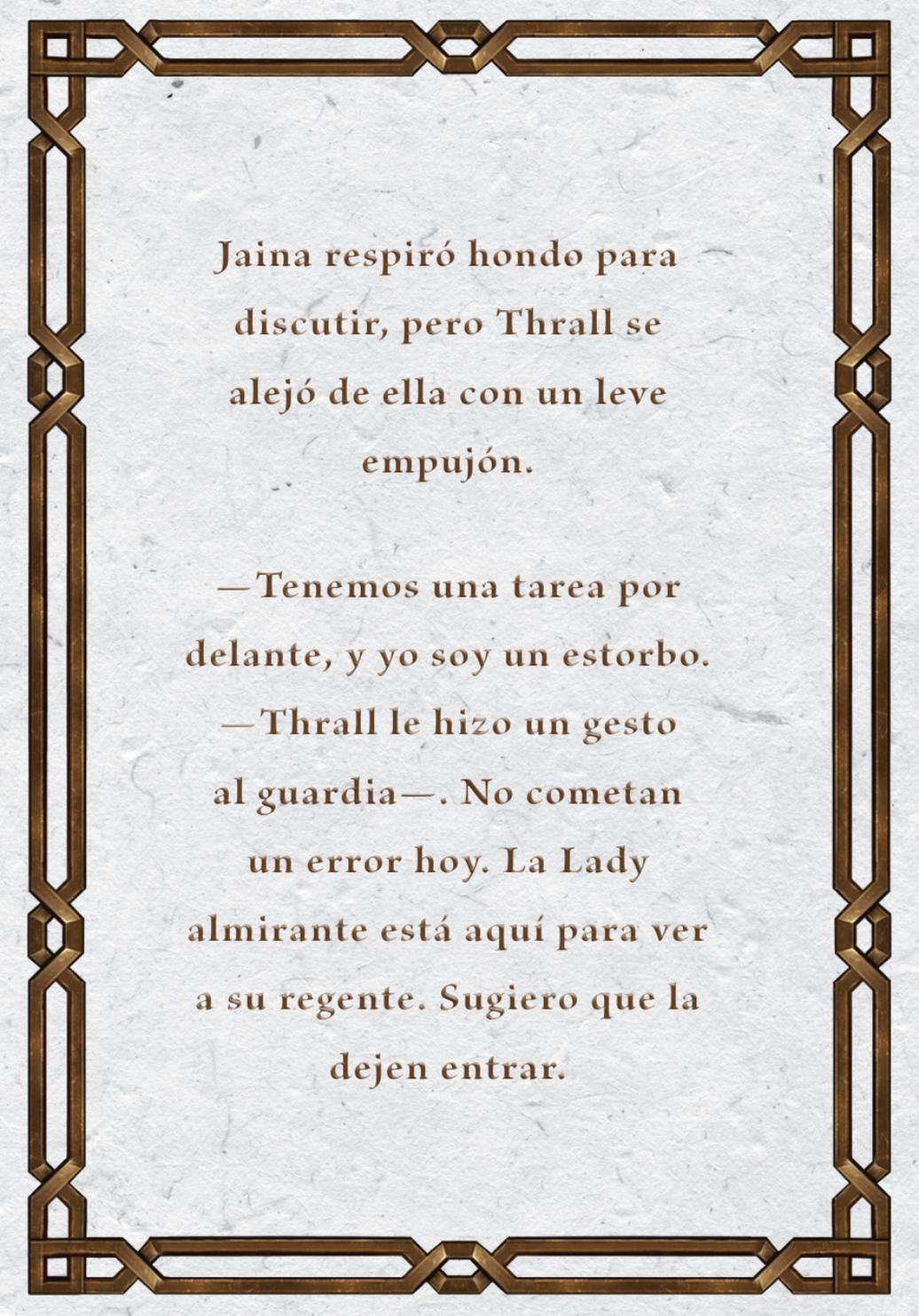
—Soy *yo* quien te deja a ti —dijo—. Y buscaré ayuda, pero no aquí. Iré a Sentencia. Aggra ya debe haber hablado con Geya'rah. —Señaló con la cabeza las puertas abiertas—. Habla con lady Marran. Recuerda nuestra misión.

Jaina suspiró, y luego se dio vuelta para ver al guardia del muro —claramente alguien con más rango y más sensatez que su camarada— que se acercaba.

—Sígueme —dijo.



Apenas pasó por las puertas de Stromgarde, Jaina sintió los ojos de toda la ciudad sobre ella.



Jaina respiró hondo para discutir, pero Thrall se alejó de ella con un leve empujón.

—Tenemos una tarea por delante, y yo soy un estorbo.

—Thrall le hizo un gesto al guardia—. No cometan un error hoy. La Lady almirante está aquí para ver a su regente. Sugiero que la dejen entrar.

Había mucho ajeteo, sin dudas... y no estaba solo la Guardia Auxiliar de la Séptima Legión. El cuerpo principal del propio ejército, los soldados uniformados, desbordaban las calles, y casi superaban a la gente común. A pesar del trajín, la sensación era que el movimiento normal de la ciudad se había detenido, y las tiendas, posadas y casas no solo estaban cerradas, sino tapiadas, como si Stromgarde se estuviera preparando para capear una gran tormenta. Los pocos ciudadanos comunes que estaban fuera se detenían a mirar cuando Jaina y su escolta pasaban por su lado.

Todos se veían atemorizados, quizás una respuesta común ante una batalla que ocurre fuera de los muros de la ciudad, pero Jaina sentía que se avecinaba algo extraño. Las personas se dispersaban ante su presencia, arrastraban a los niños y cerraban de un golpe puertas y ventanas como si *ella* fuera el enemigo.

Cuidado con la hija del mar.

El triste recuerdo brotó espontáneamente en la mente de Jaina. Lo descartó tan rápido como apareció, pero no contribuyó con su estado de ánimo.

Pronto estuvieron frente a la fortaleza, cuyas puertas se abrieron ante su llegada. Dos legionarios corpulentos aparecieron, seguidos de una mujer pequeña con una armadura más elegante, pero menos protectora. Tendría quizás cuarenta años, los suficientes para conocer los numerosos peligros que había enfrentado Stromgarde a lo largo de la vida de Jaina, y llevaba esos pesares en la dureza de su mirada y la tensión de su boca.

—Lady almirante —Marran Aterratrols se acercó con los brazos fuertemente entrelazados por la espalda—. Gracias a Thoradin. Tenemos pocos aliados en esta tierra, y recibimos con gusto tu consejo.

Jaina frunció el ceño e intentó evaluar a Marran.

—Sí, milady —dijo—. He recorrido un largo camino para hablar contigo. Danath dijo...

—No tenemos mucho que ofrecer en términos de hospitalidad —dijo Marran, interrumpiendo a Jaina—, pero todo hijo de Arathor siempre será bienvenido aquí. Adelante, por favor, sígueme.

De inmediato, la regente atravesó las puertas y entró a la fortaleza.

Jaina empuñó con más fuerza el bastón y la siguió.



—Me alegra mucho que hayas venido —dijo Marran, mientras caminaba delante de Jaina por los amplios pasillos de la fortaleza—. A decir verdad, enloquecí a mis sirvientes en busca de una solución a esta situación caótica.

Jaina dio un suspiro de alivio, quizás la situación aún tenía arreglo.

—Me alegra oírlo. ¿Prefieres que nos reunamos con tu consejo o conversamos primero en privado?

—Hablemos primero nosotras antes de convocar a los demás —dijo Marran, y despidió con un gesto a los guardias que acababan de abrir la puerta de su estudio.

—Agradezco tu atención en este asunto —dijo Jaina, mientras se acomodaba en una silla de terciopelo por invitación de Marran—. El punto más urgente es que vine aquí con un emisario de la Horda, pero fue herido en el fuego cruzado de una pelea entre la Séptima Legión y los kor'kron. Tus guardias no lo dejaron entrar, así que se fue a Sentencia. Sugiero que comencemos por esto: llamémoslo para que regrese y negociemos una propuesta paz que él pueda llevar a los mag'har. —Hizo una pausa—. Pero el tiempo nos corre. Hay muchos más asuntos que discutir. Dalaran...

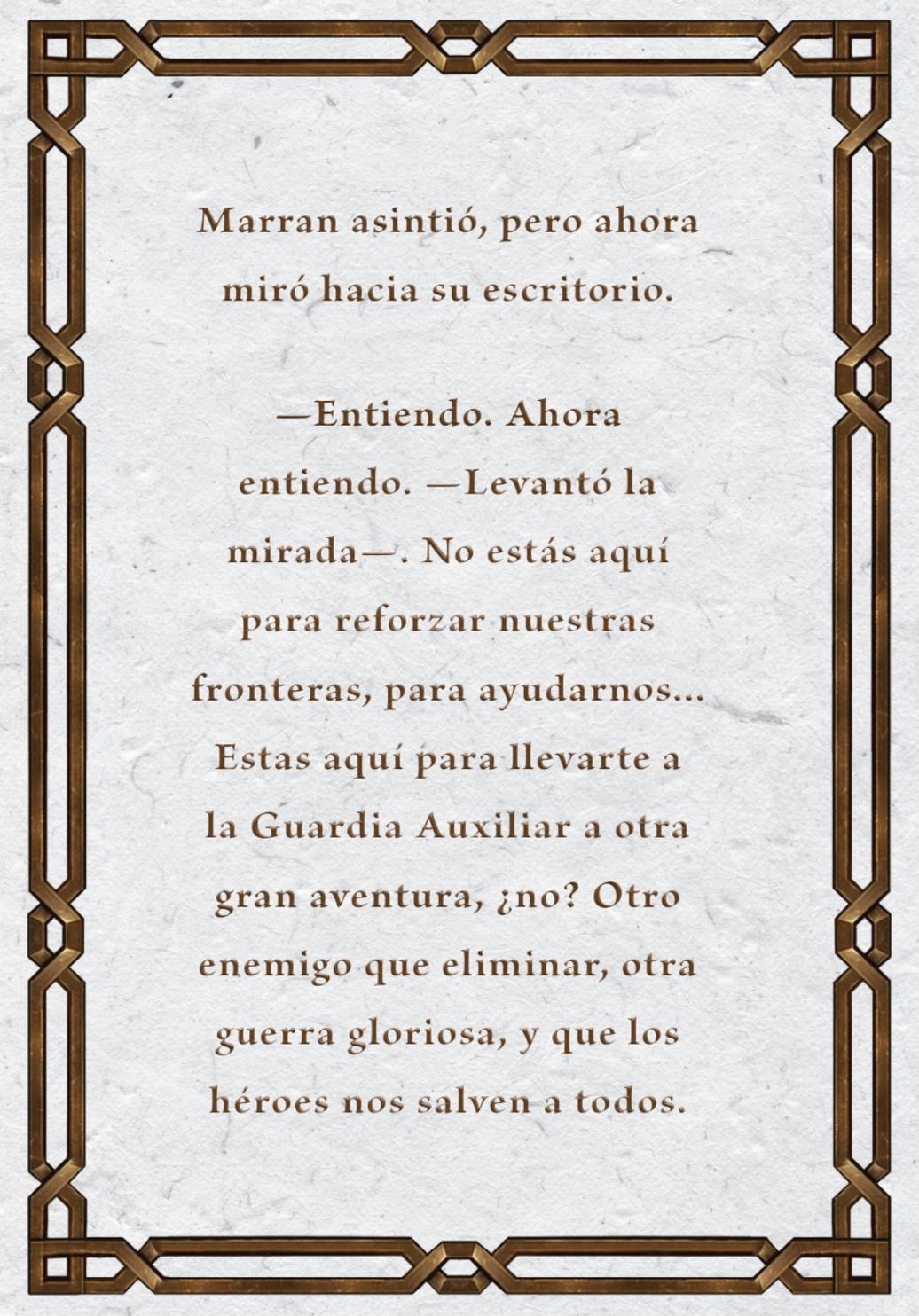
—¿Dalaran? —interrumpió Marran. Inclino la cabeza, como si no hubiera oído bien.

Luego, la regente pasó por detrás de Jaina y se sentó en una silla más austera de respaldo alto que estaba al otro lado del escritorio. Apoyó los codos sobre un montón de papiros desordenados.

—Sé que has visto muchas guerras, Lady almirante. Sé que gobiernas Kul Tiras desde hace mucho tiempo. —Revolvió las páginas en el escritorio hasta que encontró la que buscaba—. ¿Pero sabes cuántas fanegas de granos necesita tu reino para el invierno? —Levantó otro papiro—. ¿Cuántos caballos aran las tierras de Valle Canto Tormenta? —Otro papiro—. ¿El costo por quintal de mena de hierro? —Sacudió la cabeza—. Durante años, Stromgarde ha perdido demasiadas batallas y se ha preocupado demasiado poco por su pueblo.

Jaina sintió una punzada: la estaba perdiendo.

—Tienes razón —dijo Jaina—. Pero se acerca otra batalla, una que pone en



Marran asintió, pero ahora
miró hacia su escritorio.

—Entiendo. Ahora
entiendo. —Levantó la
mirada—. No estás aquí
para reforzar nuestras
fronteras, para ayudarnos...

Estas aquí para llevarte a
la Guardia Auxiliar a otra
gran aventura, ¿no? Otro
enemigo que eliminar, otra
guerra gloriosa, y que los
héroes nos salven a todos.

riesgo a mucho más que nuestros pequeños reinos. Es una pelea que debemos dar unidos, orcos y humanos. Si peleamos entre nosotros, la fuerza que debemos demostrar solo disminuye. Permite que la Séptima Legión y los kor'kron luchen lado a lado — dijo—. Y quizás así, podamos encontrar un acuerdo, una paz, entre tu pueblo y los mag'har.

—¿Una *paz*? —preguntó Marran en voz baja—. ¿Una *paz*, mientras mi pueblo duela a los suyos, caídos hoy por la violencia sin sentido?

Jaina se daba cuenta de que Marran estaba temblando de ira, pero tenía que seguir insistiendo. Se aferró más fuerte al bastón e inclinó su cabeza en señal de afirmación.

Marran asintió, pero ahora miró hacia su escritorio.

—Entiendo. Ahora entiendo. —Levantó la mirada—. No estás aquí para reforzar nuestras fronteras, para ayudarnos... Estas aquí para llevarte a la Guardia Auxiliar a otra gran aventura, ¿no? Otro enemigo que eliminar, otra guerra gloriosa, y que los héroes nos salven a todos. —La expresión de Marran se endureció. El corazón de Jaina latía a toda velocidad mientras el rostro de la regente se ponía rojo, y las palabras salían casi con un siseo entre sus dientes apretados—. Y con la Guardia Auxiliar lejos, los orcos tendrán su oportunidad. Arrasarán con Stromgarde y las Tierras Altas estarán libres para que las ocupen.

Jaina sacudió la cabeza.

—¿Cómo podría...?

Marran soltó una risa.

—No debería sorprenderme que hayas venido aquí a pedirme esto. Es lo que siempre hace la Alianza: pedirnos que nos sacrifiquemos por el bien mayor. Pero te digo desde ya que nos han pelado hasta los *huesos* mientras la Alianza corre tras la próxima batalla. Mi deber es pensar en Stromgarde. Este es mi pueblo. Sus vidas importan, y yo estoy aquí para velar por eso.

—Marran, por favor...

—Soy la lady regente y espero que se dirijan a mí de ese modo. Como aliada de este reino, te trataremos con la hospitalidad que corresponde, pero creo que lo mejor será que te vayas al amanecer.



Esa tarde, Jaina observó desde la ventana de su recámara de huéspedes el momento en que el mensajero se montó a un caballo y, con una sola patada de sus talones, salió disparado hacia la puerta principal de Stromgarde, llevando un mensaje a Ventormenta.

Esperaba haber tomado la decisión correcta: se había sentido obligada a escribirle a Danath para explicarle su preocupación sobre Marran y pedirle que se apresurara en regresar. Pero Jaina sabía que llamar a Danath para que regresara podría echar más leña al fuego de una situación que ya era volátil.

Luego de la confrontación con la regente, Jaina tuvo una abrupta despedida, y la escoltaron hasta la habitación de huéspedes... y quizás había sido lo mejor. Había sido un largo día, y Jaina prefería que Marran se recompusiera para poder tener una conversación más razonable más tarde. Mientras tanto, decidió recorrer la ciudad y evaluar la situación por sí misma.

Apenas salió a la calle, sintió la tensión en el aire; tanto los ciudadanos como la Séptima Legión mantenían la distancia con miradas hoscas, cuando no directamente hostiles. Jaina los ignoró. Si todos se alejaban, por lo menos tenía espacio para pensar.

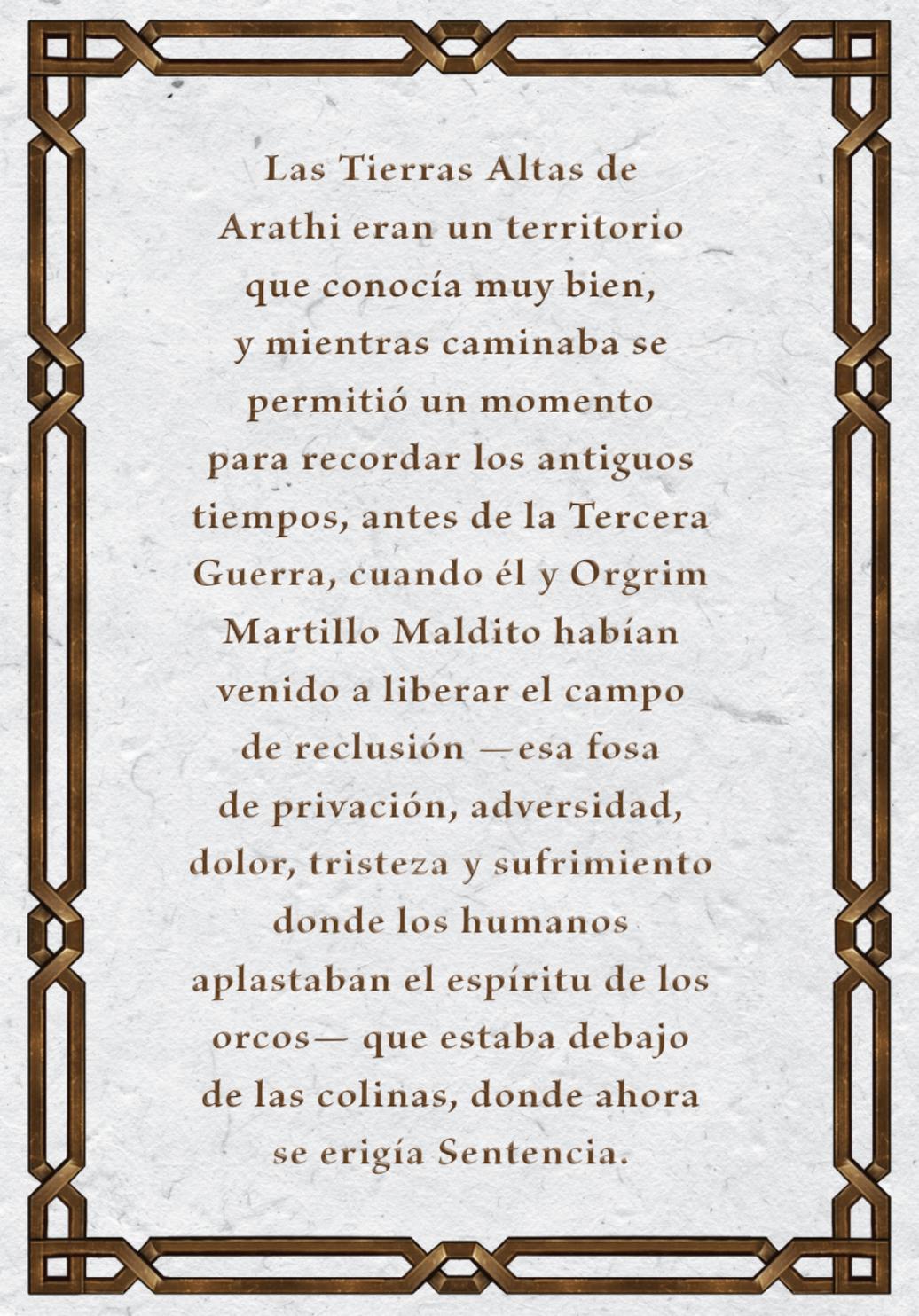
A pesar de su preocupación, Jaina *sí* entendía la postura de Marran, aunque fuera imprudente. Stromgarde estaba permanentemente a merced de las fuerzas hostiles que la rodeaban, y había sido un frente de batalla muy importante en la Cuarta Guerra. Jaina sabía muy bien lo que era heredar un reino en problemas, tener enemigos acechando en todas esquinas... y descubrir que el mayor aliado de tu familia te había traicionado. Marran solo estaba haciendo lo que consideraba que era mejor para su pueblo, pero necesitaba desesperadamente alguien que la guiara. Jaina esperaba que fuera su tío, pero temía que el regreso de Danath a Stromgarde resultara en una lucha de poderes en lugar de apaciguar las tensiones.

Al final, había decidido ser prudente y escribir la carta. Pero mientras atravesaba la ciudad, Jaina se dio cuenta del poco tiempo que tenía. Quizás viniera Danath, sí, pero quizás llegara demasiado tarde. Jaina estaba aquí, ahora.

Era ella quien debía encontrar el modo correcto de avanzar.



Un, dos. Un, dos.



Las Tierras Altas de Arathi eran un territorio que conocía muy bien, y mientras caminaba se permitió un momento para recordar los antiguos tiempos, antes de la Tercera Guerra, cuando él y Orgrim Martillo Maldito habían venido a liberar el campo de reclusión —esa fosa de privación, adversidad, dolor, tristeza y sufrimiento donde los humanos aplastaban el espíritu de los orcos— que estaba debajo de las colinas, donde ahora se erigía Sentencia.

Thrall contaba los pasos, y se concentraba en nada más que eso mientras avanzaba muy lentamente por las Tierras Altas de Arathi.

Un, dos. Un, dos.

Pero iba cada vez más lento. Lo sabía. También sabía que Sentencia quedaba muy lejos y que el veneno estaba funcionando, y drenaba su fuerza con cada inspiración. Su brazo izquierdo ya estaba completamente entumecido. Ya sentía el veneno helado expandirse desde la herida, y el dolor latía al ritmo de su corazón.

Al menos, pensó con una mueca débil, sabía a dónde iba. Podía llegar a Sentencia con los ojos cerrados. Las Tierras Altas de Arathi eran un territorio que conocía muy bien, y mientras caminaba se permitió un momento para recordar los antiguos tiempos, antes de la Tercera Guerra, cuando él y Orgrim Martillo Maldito habían venido a liberar el campo de reclusión —esa fosa de privación, adversidad, dolor, tristeza y sufrimiento donde los humanos aplastaban el espíritu de los orcos— que estaba debajo de las colinas, donde ahora se erigía Sentencia.

Sí, Thrall conocía el camino.

Un, dos. Un... dos.

Un.

Thrall cerró los ojos, la sangre le pulsaba en las orejas. Estaba decidido a seguir caminando incluso después de que el mundo oscuro detrás de sus párpados comenzó a girar.

Y entonces... un empujón en su hombro, una mano firme y amistosa que lo guiaba, lo dirigía. Sus camaradas, sus guerreros, dándole aliento. *Llega al campo. Libera a tu pueblo.*

Sí, Orgrim. Sí, ¡te oigo!

Thrall abrió los ojos... y ahí, adelante. No lo estaba imaginando, y no estaba solo. ¿Ese era Orgrim más adelante, a punto de desaparecer en la siguiente colina? Y allí, junto a Thrall, sus camaradas, listos para marchar con él.

Si pudiera dar un paso más. Y luego otro, y otro.

Un, dos.

Un.

Thrall se desplomó. ¿Ya era de noche? No podía estar tan oscuro. Parpadeó y se

frotó la cara con la mano que aún le respondía, pero solo veía una oscuridad en la que bailaban destellos negros.

Unas figuras se movían a su alrededor... ¿orcos? No. ¡Humanos! ¡Y con sed de sangre!

Thrall intentó ponerse de pie, pero no tenía fuerzas. Levantó la mano derecha e intentó empuñar el mango de un hacha que no estaba allí. Gritó para advertirle a Orgrim que habían sido emboscados, pero por algún motivo no podía oír su propia voz.

A medida que la visión de Thrall disminuía, los humanos corrieron hacia él y lo rodearon. Thrall llamó a gritos a su amigo, a la Horda. Volvió a intentar levantarse, pero el mundo a su alrededor ahora era un océano frío y sin fondo, y sintió que se hundía más y más y más en las profundidades.

ACERCA DEL AUTOR

Adam Christopher es escritor del *New York Times* y autor de los best sellers *Star Wars: Sombras de los Sith* y *Stranger Things: A oscuras en la ciudad*. También escribió novelas oficiales basadas en la serie televisiva de CBS *Elementary* y la galardonada franquicia de videojuegos *Dishonored*. Adam fue cocreador de la encarnación del siglo XXI del superhéroe de Archie Comics, *The Shield*, y escribió para la serie *Lazarus* de Greg Rucka y Michael Lark, de Image Comics, y el universo de *Doctor Who* de Big Finish. Colaboró con la exitosa serie antológica de aniversario *Star Wars: Desde otro punto de vista* y también escribió para el cómic *Star Wars Adventures* de IDW, que contiene todas las eras. Entre las numerosas novelas originales de Adam se encuentran *Made to Kill* y *The Burning Dark*, y su novela debut *Empire State* fue el libro del año tanto para *SciFi Now* como para el *Financial Times*.